

Alberto Manguel

Monsieur Bovary
(y otros amigos tenaces)

Ilustraciones de Antonio Seguí

Alianza editorial

*Reservados todos los derechos.
El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren,
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria,
artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier
medio, sin la preceptiva autorización.*

© Alberto Manguel
c/o Schavelson Graham Agencia Literaria
© www.schavelsongraham.com
© de las ilustraciones: Alberto Seguí, 2018
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2018
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-9181-295-1
Depósito legal: M. 30.265-2018
Printed in Spain

Índice

11	Preámbulo
19	La Bella Durmiente
25	Caperucita Roja
31	El doctor Fausto
37	Don Juan
43	El Bello Antonio
49	El Conde Drácula
55	El Monstruo de Frankenstein
61	Monsieur Bovary
67	Gertrudis
73	Job
79	El Judío Errante
85	Lilit
93	Long John Silver
103	Sinbad
109	Robinsón Crusoe
115	Quasimodo
121	El Capitán Nemo
131	Agradecimientos

*Para Amelia que quiere ser princesa
y para Olivia que quiere ser dragón*

Preámbulo

Las guías de turismo ofrecen recorridos de los arduos caminos de Ulises y del Quijote. Vetustos edificios albergan la alcoba de Desdémona y el balcón de Julieta. Una aldea colombiana dice ser el verdadero Macondo de Aureliano Buendía y la isla de Juan Fernández se ufana de haber recibido hace siglos a aquel singular imperialista, Robinsón Crusoe. Durante años, la oficina de correos británica debía ocuparse de la correspondencia destinada al Sr. Sherlock Holmes de 221B Baker Street, mientras que el desalmado Charles Dickens recibía un sinfín de cartas injuriosas por hacer morir a la Pequeña Nell en una de las últimas entregas de El Almacén de Curiosidades. La biología nos afirma que somos descendientes de seres de carne y hueso pero, íntimamente, nos sabemos hijos del sueño, del papel y de la tinta. Hace varios siglos, Luis de Góngora los definió así:

*El sueño, autor de representaciones,
en su teatro sobre el viento armado,
sombras suele vestir de bulto bello.*

Por cierto, los lectores del mundo entero dicen venerar las sombras de Cervantes y Shakespeare, pero éstas, inmortalizadas en retratos imaginarios y solemnes, son menos tangibles que las de sus inmortales criaturas. Conocemos las complejas pasiones de Dido y de Don Juan, mucho mejor que las intimidades de Virgilio o de Molière, a menos que éstas últimas nos hayan sido reveladas por un Dante o un Bulgákov. Los lectores lo hemos sabido desde siempre: los sueños de la ficción engendran las verdades de nuestro mundo.

Dante lo sabía. En el canto IV del Infierno, después de atravesar la terrible puerta que borra toda esperanza, Virgilio muestra a Dante el noble castillo que alberga las almas de los justos nacidos antes de la venida de Cristo. Entre los hombres y mujeres de ojos lentos y graves que allí se encuentran, Dante ve a Eneas, el héroe soñado por Virgilio, y no le dedica más que dos palabras: «ed Enea.» Dante parece entender que si a Virgilio le debe conceder la compleja realidad requerida por uno de los tres protagonistas principales de la Comedia, el personaje imaginado no puede tener el mis-

mo peso que el de su imaginador. Eneas existe, pero como una sombra menos que fugaz, para permitir que Virgilio se convierta, no ya en el autor de la Eneida, sino en un memorable sueño de Dante.

Arraigados en su historia, los personajes de ficción no se contentan, sin embargo, con los límites que las cubiertas de un libro les imponen, por breve que sea su espacio. Hamlet nace ya hombrecito en los almenajes de Elsinore y fallece entre un cúmulo de cadáveres en una de las lúgubres salas del castillo, pero generaciones de lectores han rescatado los eventos de su infancia freudiana y sus sucesivas e inauditas transformaciones políticas. Pulgarcito se ha hecho hombre, Helena ha envejecido, Rastignac trabaja en el Fondo Monetario Internacional, Artemio Cruz ha plantado pica en otros países de América Latina, Sinbad vive en una casucha de refugiados en la playa de Lampedusa, Kim ha sido reclutado por el Ministerio de Asuntos Exteriores británico y la Princesa de Clèves se ha visto obligada a hacer la cola en una oficina de empleos de Francia. A diferencia de sus lectores, sin embargo, que envejecen y nunca vuelven a ser jóvenes, los personajes imaginarios son, al mismo tiempo, quienes fueron cuando los leímos por primera vez, y también el fruto de nuestras nuevas lecturas. Todo personaje se reconoce en Proteo, aquel dios del mar a quien Poseidón concedió el poder de transformarse en cualquiera de las formas del universo.

No todos los personajes de la literatura son los compañeros de todo lector; sólo los que más queremos nos siguen a lo largo de la vida. En mi caso, no siento los problemas de Renzo y Lucia, de Mathilde de la Mole y de Julien Sorel, como míos; me sé más cerca del Capitán Nemo y del melancólico Monsieur Teste. Los más íntimos son otros: el Hombre Que Fue Jueves misteriosamente me ayuda a sobrevivir el absurdo de cada día de la semana; Príamo me enseña a llorar la muerte de amigos más jóvenes y Aquiles la de mis queridos mayores; Caperucita y Dante me guían a través de los oscuros bosques del medio del camino de esta vida; ese amigo de Sancho, el desterrado Ricote, me permite entender algo de la noción de la infamia del prejuicio. ¡Y hay tantos otros!

Las nuevas tecnologías nos proponen la amistad constante de cientos de miles de seres que pueden ser (o tal vez no) inventados. Estas volátiles relaciones debieran, nos dicen las grandes compañías mercantiles, bastarnos para ser felices. Sin embargo, a pesar de su poderosa insistencia, estos amigos virtuales no son aquellos que nos acompañan en nuestras soledades. Podemos intercambiar con ellos incansables nimiedades pero, si somos lectores, no son los habitantes de Facebook quienes nos esclarecen y advierten y consuelan.

En la lejana infancia de mi generación, los compañeros de juego fueron Alicia y Pinocho, Sandokán y Fantomas; es más probable que a los niños

lectores de hoy los acompañen Harry Potter y los monstruos de Maurice Sendak. Todos estos personajes son tan fieles que poco les importan nuestros achaques y flaquezas. Ahora que mis huesos apenas me permiten alcanzar los libros de las estanterías más bajas, Sandokán sigue llamándome a la aventura y Fantomas me incita a vengarme de los necios, mientras que Alicia, con mucha paciencia, vuelve a contarme el mundo a través de ese espejo que sin duda me tocará atravesar dentro de poco, y Pinocho continúa preguntándome por qué no basta ser aplicado y honesto para ser feliz. Y yo, tal como me ocurría allá lejos y hace tiempo, sigo sin encontrarle una respuesta. Pero persisto.

Alberto Manguel

La Bella Durmiente



Es una historia de tiempo la suya: de tiempo perdido, demorado, de espera, de sueño, de inexperiencia. Empieza mal. A su nacimiento, todas las hadas la bendicen: todas salvo una, a quien los reyes se olvidaron de invitar y quien lanza una maldición sobre la pequeña princesa para que muera pinchada por el huso de una rueca. Nada pueden ni el poder mágico ni el real contra el poder del despecho. Prohibir todas las ruecas y convertir la muerte en un sueño prolongado apenas modifican el hechizo. Mientras los adultos buscan soluciones ineficaces, la niña se convierte en mujer, toca el huso y cae en un profundo sueño. Con ella se duerme el castillo entero a la espera del beso que algún día la despertará. En torno a ella, el tiempo se detiene.

Varios escritores copiaron el procedimiento de la Bella con el mismo propósito narrativo: el de preservar un mundo como alguna vez pudo haber sido, embalsamado pero vivo, en una suerte de castillo-museo

o sepultada Pompeya. Así ocurre en la leyenda de Rip Van Winkle que Washington Irving relata en su *Sketch-Book*, en el monasterio de Shangri-la que James Hilton describe en *Horizontes perdidos*, en *El Perjurio de la nieve* de Adolfo Bioy Casares, en *El Hotel Bertram* de Agatha Christie. Rumania bajo Ceaucescu, España en los años sesenta, el estado de Arkansas en los Estados Unidos de hoy, hallaron quizás inspiración en estos ejemplos literarios en los que la condición de sueño apenas se distingue de la condición de muerte.

La muerte como sueño y el sueño como muerte se confunden desde los primeros tiempos de la literatura. En la epopeya de Gilgamesh, de hace más de cuatro mil años, ya se dice que el sueño es hermano de la muerte, y esta noción terrible o consoladora ha conservado su prestigio desde aquel entonces. En el sueño de la muerte, el tiempo se detiene, como dice San Anselmo que sucede en el Paraíso; en el de la vida, el tiempo sigue transcurriendo pero el soñador está condenado a una desesperanzada espera, como en el Infierno. En las *Partidas* de Alfonso el Sabio se cuenta la historia de un monje que quiso saber cómo era el tiempo en el Paraíso. Una mañana, oyó cantar a un pájaro en el jardín. Salió para escucharlo mejor y una voz le dijo: «Este es un segundo del tiempo celeste.» Regocijado, volvió a su celda. Entonces descubrió que

sus hermanos habían muerto y que, durante el instante que duró el canto del pájaro, en la tierra habían transcurrido trecientos largos años. El tiempo del Paraíso, cuentan los teólogos, no tiene duración porque cada momento otorga todo. En cambio, en el Infierno, el tiempo dura eternamente porque allí nada acaba por suceder, porque sin esperanza no hay acontecimiento. Cuenta Carl Gustav Jung que un tío suyo lo detuvo un día en la calle y le preguntó: «¿Sabes cómo atormenta Dios a los réprobos?» Jung respondió que no. «Los hace esperar», dijo secamente y prosiguió su camino.

El sueño de la Bella ¿transcurre en el Paraíso o en el Infierno? Por un lado, en su castillo no transcurre el tiempo, lo cual hace pensar en lo primero; por otro, su sueño es una espera infinita, lo cual sugiere lo segundo. Si el sueño transcurre en el Paraíso, el despertar no ocurrirá nunca, ya que allí despertar implicaría la interrupción de un presente constante, de un *statu quo* beatífico en el que la princesa sigue siendo absolutamente bella, eternamente inocente, deseada para siempre por príncipes azules. Pero si el sueño es infernal, entonces la Bella duerme en las vísperas del fin de su inocencia, porque si un príncipe llega y la despierta, condenará a la Bella al yugo del tiempo, a la obligación de recuperar de un solo trago el transcurso de los años en el mundo exte-

rior. La Bella despertará, pero se le arrugará la piel, le fallará la vista, se le caerán los dientes que eran como perlas, encanecerán sus cabellos que fueron de oro, y su aterrado príncipe tendrá la edad de quien pudiera ser su hijo, si no su nieto. En ese caso tampoco hay final feliz.

Esta era quizás la verdadera maldición del hada que los reyes olvidaron: la de no envejecer bellamente, no avanzar en experiencia y sabiduría, no disfrutar del ciclo de las estaciones que son todas iguales y todas distintas. Ser condenada (si quiere ser aquella que el Príncipe vio dormida) al lifting, al botox, a los senos artificiales, a las inyecciones de glándula de mono. O si no, rechazar la maldición, rechazar las bendiciones, rechazar la corte dormida, rechazar la falta de etiqueta de sus padres, rechazar al empedernido príncipe. E imitando a la Nora de Ibsen o a la Andrea de Carmen Laforet (dos modernas herederas de la Bella) salir con un portazo del castillo embrujado y enfrentarse al mundo con los ojos bien abiertos.

Caperucita Roja



58mi